

*Los prejuicios lingüísticos**

Lourdes Romera Barrios

Algunas opiniones, aunque se sitúen en un pasado más o menos reciente, además de escandalizar causan estupefacción:

«La lengua de los *xxxxx* es la peor de todas porque son gentes corruptas que apestan, los habitantes de *yyyyy* parece que eructan cuando hablan, los *zzzzz* imitan como monos la gramática, los *wwwww*, gloriosos en tiempos remotos pero hoy crueles y mezquinos, hablan con excesiva lentitud, los de *vvvvv*, con demasiada aspereza, los *ñññññ* se encuentran obnubilados con una lengua repleta de estupideces. En el *qqqqq* unos dialectos son “femeninos” (los hombres cuando hablan parecen mujeres) y otros “masculinos” (y las mujeres nos hacen dudar de su condición, e incluso de si forman parte de la especie humana)» [*eeeeee*, *DDDDD*].

(*xxxxx* = romanos; *yyyyy* = Aquileya; *zzzzz* = sardos; *wwwww* = sicilianos; *vvvvv* = Apulia; *ñññññ* = toscanos; *qqqqq* = Lacio; *eeeeee* = De vulgari Eloquentia; *DDDDD* = Dante Alighieri).

A tan insigne autor, Dante Alighieri, le debemos esta muestra antológica de lo que son los prejuicios lingüísticos. Lo que representan, cómo

* Jesús Tusón, *Los prejuicios lingüísticos*, Octaedro Lenguaje y comunicación. Barcelona, 1997, 127 pp.

La balsa de la Medusa, 45-46, 1998.

se han utilizado, repetido y actualizado por otros autores (a veces también muy ilustres), pero sobre todo cómo hay que combatirlos es lo que encontramos en este interesante e inteligente ensayo de Jesús Tusón.

Pero Dante no se queda solo. Otros grandes pensadores, gramáticos, políticos, filósofos, literatos, etc., también se dedicaron a asignar a las lenguas propiedades o cualidades sobre las que luego se fundamentan las bondades o maldades de esas lenguas y por extensión de sus hablantes. Los prejuicios lingüísticos, como cualquier otro tipo de prejuicios, se basan en la ignorancia y en la irracionalidad. A través de ellos se expresan opiniones o creencias personales que más tarde se sustentan en la autoridad de quien los ha expresado y fácilmente acaban convirtiéndose en estereotipos.

Tras casi un siglo de estudios sobre el lenguaje, sería esperable que el grado de conocimiento lingüístico actual hubiera disipado ya todos estos prejuicios. Como esto no es así, denuncias como las que se plantean en *Los Prejuicios Lingüísticos* son necesarias y convenientes. El autor confiesa que no le ha sido cómodo escribirlo, pero que «las finalidades de esta obra son al mismo tiempo y sin exclusiones las de denuncia y construcción» (p. 27). Su pretensión es promover, en cualquier ámbito educativo, una reflexión sobre la convivencia lingüística. Se denuncian, con seguridad y elegancia, muchas opiniones y propuestas que desprecian a las lenguas y a sus hablantes: «en grados diversos el prejuicio lingüístico (inocente o perverso) no es otra cosa que

una manifestación del racismo, orientado ahora hacia las lenguas y los hablantes» (p. 25).

La edición de Octaedro es la traducción castellana (*traducción libre del propio autor*, por tanto sin lugar a traiciones) de *Mal de llengües. A l'entorn dels prejudicis lingüístics*, Barcelona, Editorial Empúries, 1988. La diferencia más notable con la versión original catalana radica en el encabezamiento de los capítulos con citas de la «Declaración Universal de los Derechos Lingüísticos». Esta obra también ha sido traducida al gallego (*Mal de linguas*).

La historia del discurso prejudicativo arranca con Platón, se fundamenta en las obras de los gramáticos latinos, llega al refinamiento argumental en el Renacimiento y sus fundamentos se extienden a la diversidad lingüística a través de la Encyclopédie. El apasionamiento romántico deja como herencia un conjunto de estereotipos basado en defensas y exaltaciones de ciertas lenguas (obviamente las de los autores que las realizaban) que han perdurado en buena parte de este siglo. Estos son algunos de los prejuicios lingüísticos que recoge este libro de Jesús Tusón:

1. La gramática concebida como «el arte de hablar y escribir correctamente», prejuicio que arranca de Quintiliano, constituye el legado de la gramática tradicional y es asumido por las Academias (la francesa y la española).

2. El modelo gramatical impone el modelo escrito, el prejuicio de la literatura como uso ejemplar de la lengua: la escritura se convierte en el uso correcto de la lengua.

3. El prestigio de una lengua, dictaminado, cómo no, por el gramático, se medía según su grado de semejanza con el latín (número de partes de la oración, por ejemplo).

4. Existen lenguas «buenas» para unas determinadas actividades: el latín o el griego para la oratoria, el teatro y la fabulación, y lenguas «adecuadas» para instruir, iluminar y convencer, que es el caso del francés (Beauzée, Diderot).

5. Las lenguas más exactas corresponden a las naciones más sabias y las lenguas con palabras abyectas a pueblos serviles y también abyectos (J. Harris).

6. Lenguas con formas gramaticales (flexivas o desinenciales) de las que brotan el desarrollo libre y puro de las ideas y el placer del pensamiento abstracto, como por ejemplo el alemán (Humboldt).

Si hasta aquí la «breve historia de los prejuicios lingüísticos» que nos ofrece Jesús Tusón podría constituir un ameno anecdotario sobre insignes estulticias. En los siguientes capítulos el autor pasa a analizar *la realidad actual de los prejuicios lingüísticos* presentándolos a través de una gradación (en peldaños) muy acertada: los inocentes, los culturales y los geopolíticos.

Entre los prejuicios «inocentes» se sitúan aquellos que revelan una incultura no deseada. Son los que provienen, en general, de la repetición de estereotipos tales como que hay lenguas fáciles y lenguas difíciles; lenguas suaves y lenguas ásperas; o la importancia de las lenguas con muchos hablantes frente a lenguas con pocos hablantes.

Ahora bien, el grado de dificultad o facilidad de cualquier lengua es el mismo para sus respectivos hablantes nativos; no existen lenguas fáciles o difíciles. Las lenguas y sus sistemas sonoros no tienen suavidad ni aspereza; estos términos impresionísticos (sin correlación lingüística alguna) son utilizados por el prejudicador para derivar a partir de ellos otras características de los pueblos que las hablan (como Dante).

El número de hablantes que posee una lengua (millones o únicamente decenas) tampoco constituye un argumento para valorar esa lengua. Sin embargo, existe la tendencia de justificar la importancia de una lengua según el número de sus hablantes. Esta ingenuidad (a mayor número de hablantes mayor importancia de la lengua) se convierte en maldad cuando los recuentos únicamente pretenden magnificar una determinada lengua, no sólo en detrimento de otras sino incluso para demostrar que las lenguas con «pocos» hablantes ni siquiera merecen el respeto de quien manipula las estadísticas (p. 66). «Una lengua es el patrimonio de una persona y de un pueblo, es parte de sus señas de identidad; y, en cuestión de señas de identidad, las estadísticas no tiene nada que ver ni nada que decir» (p. 67).

La incultura no deseada se convierte en ignorancia responsable cuando el prejuicio lingüístico posee tintes culturales; en estos casos se trata de magnificar una determinada característica de la lengua y por ello cualquier otra lengua que no soporte la comparación establecida será menospreciada como inferior. Así se

han denominado «primitivas» algunas lenguas basándose en su pobreza «léxica», cometiendo el «error de identificar a una lengua con su diccionario» (p. 72); cualquier lengua posee, ni más ni menos, las palabras que sus hablantes necesitan, porque en definitiva el léxico es la parte más accesoria de una lengua. La existencia o inexistencia de una literatura prestigiosa es otro de los juicios utilizados para establecer diferencias y superioridades entre las lenguas, olvidando, en este caso, que «la mayoría de ellas han sido habladas y no escritas durante los tramos más extensos de su recorrido» (p. 84). La dicotomía lengua/dialecto tampoco se libra de ser objeto de otro prejuicio lingüístico. Estos términos, lengua y dialecto, cuya delimitación, con toda la problemática que conlleva, compete a lingüistas y dialectólogos, también aparecen teñidos de valoraciones (positivas y negativas) que se proyectan sobre los hablantes. El rechazo a la diversidad no sólo se da entre lenguas; también se extiende a las variedades, geográficas y sociales, de una misma lengua.

En el último capítulo se abordan los prejuicios geopolíticos. La ignorancia responsable deviene en promoción explícita de la ignorancia cuando la identificación se hace entre lengua y pueblo (o estado o imperio), y a través de una se realiza la magnificación o el desprecio del otro. Se establece, por tanto, la distinción entre lenguas internacionales, de comunicación y de progreso, y todas aquellas que no lo son. Esta tarea es la que desarrollan *los ideólogos de la lengua*; ante la complejidad lingüística sólo cabe (im)poner un determinado orden, es decir impo-

ner una(s) determinada(s) lengua(s) sobre todas las demás. «El panorama lingüístico del mundo es ciertamente complejo. Y lo es, no por sí mismo, sino por la intromisión de factores ajenos a las realidades originales y naturales de los pueblos y de sus lenguas (...). «La complejidad lingüística no es sino una consecuencia de las relaciones de dominio; una muestra de cómo el devenir de la humanidad es, por desgracia, la historia de las desigualdades y de las humillaciones en aspectos esenciales» (p. 105).

Los intereses de los que pretenden imponer una determinada lengua pueden ser (y de hecho lo son) internacionales, pero «desde el punto de vista lingüístico no hay ninguna lengua que merezca el adjetivo de internacional» (p. 110). Afirmar que una lengua es «de comunicación» es un claro ejemplo de redundancia (¿o quizá de ignorancia?) puesto que esta es una de las principales características de toda lengua y como tal sirve allí donde se utiliza. Las pretensiones de sustituirla por otra en aras del «progreso» conducen

únicamente a su desaparición. Desde el poder, cuidando las formas y actuando con una «cierta urbanidad» resulta bastante fácil hacer prevalecer el discurso que justifica la desaparición de las lenguas. A finales del siglo XX para lograr que una lengua desaparezca no hay que recurrir al exterminio de sus hablantes, como en las épocas de los imperialismos y las colonizaciones. Los mecanismos son mucho más sutiles: «basta con la persuasión, con la extensión de los prejuicios y con la promoción de la desigualdad» (p. 119).

Ante una realidad tan descorazonadora –no sólo la de las lenguas y su supervivencia– Jesús Tusón finaliza *Los Prejuicios Lingüísticos* con unas gotas de optimismo: «vale la pena apostar por la utopía del igualitarismo y del humanismo, (..) apostar por una nueva educación integradora capaz de superar la “tolerancia” en favor de la convivencia, (...) aprender a vivir rechazando los simplismos, los esquemas bipolares, el maniqueísmo y los prejuicios» (p. 122).